

Presentación

¿Cómo evaluar la trayectoria de una institución histórica y medir la aportación colectiva y multidisciplinaria de años y décadas? Los tiempos institucionales suelen ser de *larga duración* si los comparamos con el tiempo de vida de los individuos –en ese sentido el Instituto Nacional de Antropología e Historia sería joven–, pero en nuestra época esos tiempos se han reducido. Muchas instituciones surgen y desaparecen en menos de lo que dura una generación. Tampoco bastan los criterios cuantitativos para darse una idea sobre la naturaleza de los beneficios y rendimientos obtenidos por parte de estos organismos. Eso tendría que considerarse desde distintos ángulos.

En instituciones como el INAH incluso existen actividades menos visibles, como las ingentes labores que corresponden a las funciones de protección y determinados aspectos de la conservación que son fundamentales y sin embargo no resultan susceptibles de evaluación mediante algún criterio de productividad.

Además, en la modernidad las instituciones se renuevan con cierta celeridad y no pocas han debido esforzarse en ponerse al día tras un cierto lapso a partir del cual entrarían en la obsolescencia. El INAH es un fenómeno cultural nato, ya que se vincula con la preservación del pasado, lo cual es parte de su cometido, pero también con la permanente actualización mediante estudios, diagnósticos e interpretaciones de los fenómenos emergentes.

El INAH cumple 75 años de existencia y los objetivos que se propuso desde su nacimiento –la protección y conservación del patrimonio cultural del país– aún cuentan con plena vigencia. Desde un principio existió la claridad de que fue creado para una elevada misión y función, pues responde a una necesidad permanente de la nación y trasciende al signo de ciertos periodos y regímenes –como el nacionalista– a los que, por cierto, ha sobrevivido hasta hoy.

Sin embargo, el instituto no sólo ha llevado a cabo la tarea de proteger y conservar el legado histórico del país. Este celo en su apego a la legislación con que se rige le ha valido en más de una ocasión la crítica de aquellos que desearían un INAH complaciente, que no obstaculizara la injerencia ni el saqueo indiscriminados de los bienes de la nación, ya de por sí tan difíciles de proteger –en vista de que abarcan alrededor de 30 mil zonas y sitios arqueológicos– y a lo que no podría renunciar so pretexto de su condición inabarcable.

También ha fomentado la exploración arqueológica, el rescate, la investigación histórica y antropológica relacionada con los bienes custodiados. Así, al ampliar el campo de los bienes descubiertos merced a los nuevos hallazgos, ha hecho crecer y enriquecido el ámbito del patrimonio cultural. Además –algo fundamental–, a su vez ha generado un modo de aportación patrimonial a lo largo de años de la-

bor por parte cientos de personas: un rico acervo de conocimientos y estudios especializados hoy incorporados al propio acervo cultural.

Los trabajos que recogemos en este número conmemorativo tratan sobre diversos aspectos relacionados con la historia del INAH. Una cuestión ineludible abordada aquí es la educación para los museos y las bases para una política educativa. De igual manera se explora el tema de la señalización, que da cuenta de los valores –estético, histórico, simbólico, científico y económico– del patrimonio en sitios arqueológicos como un elemento que forma parte de la narrativa del museo y la arqueología.

Un asunto poco conocido es la documentación de las 201 exposiciones internacionales organizadas por el INAH, en particular en Estados Unidos, España y Japón, lo cual nos brinda una idea de las exposiciones internacionales montadas para la difusión de nuestro patrimonio en el exterior, aunque también permite advertir sesgos que reflejan el estado de las relaciones internacionales de México, que a su vez descubre los débiles lazos con América Latina en esta materia.

Una suerte de tributo a la obra pionera de Paul Coremans y de Manuel Castillo Negrete es el artículo donde una cita del primero, en la que destaca la labor del INAH, llamó la atención de los expertos mundiales, con lo cual se constató lo valioso de la institución en materia de conservación durante la década de 1960.

Igualmente se toca el problema de la documentación de colecciones: su rezago y falta de registro, en contraste con el conocimiento que “existe en la mente de los trabajadores y desaparece con ellos”.

Otro asunto álgido se refiere al panorama y vicisitudes en torno al reconocimiento de los pueblos afrodescendientes, y se menciona que en el propio Museo Nacional de Antropología (MNA) se ha abandonado el lugar que ya tenía este sector de la población del país.

En otra contribución se señala el escaso reconocimiento otorgado a las muestras fotográficas, a diferencia de las expresiones pictóricas también en el MNA, y se alude a la importancia de la propuesta para vincular el legado arqueológico y el presente etnográfico; podemos decir que es el ejemplo dado por el MNA y que se ha replicado en otras partes del país.

En resumen, los artículos de este número señalan diversos aspectos que en la actualidad no se toman en cuenta en los museos: la presencia de la población afrodescendiente, la importancia de las señalizaciones y cédulas, así como la falta de documentación de colecciones y de créditos fotográficos.

Con base en lo anterior resultaría de interés que algunos recintos incluyeran una explicación museológica sobre la manera en que se encuentran montados en sí; es decir, el modo como se llevó a cabo su conformación ❖

Jesús Antonio Machuca R.



CALENDARIO AZTECA O PIEDRA DEL SOL

EN EL MES DE DICIEMBRE DEL AÑO DE 1713
AL PRACTICARSE LA NIVELACION PARA EL
EMPEDRADO DE LA PLAZA MAYOR DE ESTA
CIUDAD FUE DESCUBIERTO ESTE MONOLITO Y COLocado
DESPUES AL PIE DE LA TORRE OCCIDENTAL DE LA
CATEDRAL POR EL LADO QUE VE AL PONIENTE
DE CUYO LUGAR SE TRASLADO A ESTE MUSEO
NACIONAL EN AGOSTO DE 1885.